

FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA Y JUAN
JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN.
UNA RAZA, DOS HOMBRES,
UNA ACCIÓN COMÚN

Ernesto de la TORRE VILLAR
Universidad Nacional Autónoma de México

LA VIZCAÍNA FUE UNA RAZA QUE, a partir del descubrimiento de América, penetró por todo el continente. A México llegaron los vascos en compañía de Cortés, y desde ese momento hubo tantos como mixes y huastecos. Se distinguieron por su recio y firme carácter, su extraordinaria movilidad y adaptación a la tierra, su enorme habilidad mercantil, espíritu de cuerpo, carácter independiente y amplia estima de la libertad.

Mucho se ha escrito sobre ellos; largas nóminas que empiezan en el siglo XVI y prosiguen en nuestros días se han elaborado y en ellas sobresalen numerosos nombres que dejaron, como los navíos en que vinieron, profundas estelas, surcos germinales.

De entre ellos he seleccionado dos figuras apasionantes, una que actúa en forma preponderante en el siglo XVI, que obra transformando mente y espíritu y la otra surgida en la primera mitad del siglo XVIII y la cual valora los frutos intelectuales y espirituales producidos en México desde antes del descubrimiento hasta 1750. Distantes en el tiempo, esos dos hombres están hermanados por la sangre, el espíritu, la acción común, los ideales compartidos; por un enorme amor a la tierra mexicana, sus hombres y valores. Ambos luchan, en su propio campo y circunstancias, por el porvenir venturoso de México.

Esos dos varones excepcionales son fray Juan de Zumá-

rraga y Juan José de Eguiara y Eguren. Veamos en apretada semblanza quiénes fueron, qué hicieron y cuáles los méritos que nos obligan a recordarlos.

El primero, hijo de Juan López de Zumárraga y Teresa de Lares (emparentada con el linaje de los Arrazola y Torre de Muncharrás) nació en la villa de Tavira de Durango a fines de 1468 o principios de 1469. Aunque de noble familia venida a menos, Juan de Zumárraga, nombre que escogió en definitiva, recibió sólida y cristiana educación, que consolidó al ingresar al noviciado franciscano de Aranzazú y posteriormente al convento del Abrojo vecino a Valladolid, en el cual tomó el hábito y se ordenó sacerdote. Ocupó varios puestos dentro de los conventos observantes, como el de guardián en Ávila, definidor en la provincia de la Concepción, y fue posteriormente provincial de la misma en 1522-1523 y guardián del Abrojo en seguida.

Ahí lo conoció el emperador Carlos V, quien estimó saber ya virtudes de fray Juan, por lo que el 12 de diciembre de 1527 lo presentó a Su Santidad como obispo de México, “por los méritos y buena vida y ejemplo, . . . por lo que hará mucho fruto en la conversión de los indios naturales de aquellas partes y en su instrucción”. Y más aún, disponía el monarca que partiese a su destino sin esperar las bulas ni consagrarse. El mes de agosto de 1528 se embarcó en España y arribó a Veracruz el 6 de diciembre de ese mismo año, y pocas semanas después a la ciudad de México-Tenochtitlan. Su primera labor fue organizar la Iglesia mexicana, apoyándose tanto en fray Julián Garcés Q.P. —quien fue el primer obispo con sede en Tlaxcala—, en los religiosos franciscanos llegados en 1522 y 1524 y los dominicos que les habían seguido y posteriormente en los frailes agustinos.

Por cédula dada en Burgos el 17 de junio de 1528, el emperador designó a Zumárraga protector de los indios, difícil misión que le atrajo la enemistad de colonos abusivos y de las autoridades judiciales que permitían esos abusos, principalmente de los miembros de la primera Audiencia, encarnizados enemigos de Hernán Cortés, de los indios del obispo Zumárraga y de los franciscanos.

Recibió también Zumárraga en 1544 el nombramiento de

Inquisidor de la Nueva España, muchos años antes del establecimiento formal de ese tribunal en 1571.

En el año de 1547 el pontífice Paulo III elevó a metropolitana la silla episcopal, con lo cual fray Juan quedó constituido como primer arzobispo de México, dignidad que ocupó muy breve tiempo, pues consumido por excesivo trabajo y afanes apostólicos, falleció en la ciudad de México el 3 de junio de 1548. Su muerte fue muy sentida por todo el pueblo. Fray Pedro de Gante, el lego flamenco, tío de Carlos V, al informar al emperador sobre ese hecho le decía: “Veinticinco años estoy con este hábito, estos naturales me miran como padre. Nunca he estado tan triste como el día de hoy, a causa de haber muerto el obispo Zumárraga, verdadero padre de estos naturales. Fue siempre mi compañero en trabajo con ellos. Trabajó en la conversión y doctrina destes naturales, así en lo espiritual como en lo temporal dándoles limosnas. A causa de tantas limosnas y obras pías, así para casas de huérfanas, como en sustentar viudas y hacer enfermerías entre los religiosos como entre los naturales, murió sin poder pagar la merced pactada a su mayordomo. . .”.

Organizador de la Iglesia mexicana, auténtico padre de los indios, su defensor insigne, promotor de la cultura, de los colegios para indios, mestizos y doncellas, de la Universidad, de la introducción de la imprenta, testigo de la aparición de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y constructor de su primera ermita, su acción está presente en lo más positivo de nuestro desarrollo histórico.

JUAN JOSÉ DE EGUIARA Y EGUREN

En vida paralela colocamos a este insigne personaje. Descendía de familias vizcaínas establecidas en Nueva España desde los inicios del siglo XVII o antes. Ya a mediados de esta centuria encontramos en viejos documentos judiciales los nombres del capitán Pedro de Eguren y de dos familiares suyos, un capitán Francisco de Eguren y un religioso franciscano fray Pedro de Eguren. Estos dos últimos figuran como albaceas de los bienes del primero, lo cual revela que

eran personas confiables, serias en los negocios. También hallamos referencias al comerciante Nicolás de Eguiara, quien poseía bienes de fortuna nada desdeñables.

Esos dos apellidos lograron unirse y así aparece hacia 1694 otro capitán, Nicolás de Eguiara y Eguren, que contrae en ese año esponsales con María de Elorriaga y Eguren, habiéndoseles dispensado el tercer grado de consanguinidad que tenían. De su matrimonio procedieron varios hijos: Juan José, nacido el 16 de febrero de 1696 en la ciudad de México y sus hermanos, Nicolasa Ignacia, Francisco Antonio, Manuel Joaquín, Rafael Agustín y Francisco Felipe. Nicolasa Ignacia fungió como madre de sus hermanos al fallecimiento temprano de la madre. Todos ellos, menos Francisco Felipe que tuvo una hija cuidada por los tíos, optaron por el estado eclesiástico. Francisco Antonio fue rector del Real Colegio de San Juan de Letrán, creado para la formación de los mestizos en el siglo XVI. Don Manuel Joaquín fue licenciado en teología, notable predicador, cura de la parroquia de Santa Veracruz, una de las más importantes de la ciudad de México, y también el hermano más allegado a Juan José y compañero en sus afanes culturales y apostólicos.

Todos los hermanos Eguiara recibieron buena y recia educación y la influencia espiritual y formativa de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, al cual fueron muy adictos. Juan José, al llegar a los años requeridos, ingresó al Colegio de San Ildefonso, en el cual siguió los cursos de artes y posteriormente en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, también de los jesuitas, de filosofía. Con sólida vocación religiosa y para el estudio, prosiguió su formación en la Real y Pontificia Universidad en donde obtuvo en 1709, cuando sólo tenía trece años, el grado de bachiller en artes. Poco después, habiendo recibido las órdenes menores, obtuvo el grado de bachiller en teología el 29 de abril de 1712.

Su arraigada aplicación al estudio, preclara inteligencia y capacidad de razonamiento y expresión, le posibilitaron hacerse cargo en calidad de sustituto de diversas cátedras de retórica, Prima de Teología y Prima de Sagrada Escritura, las que profesó de 1713 a 1722 en la propia Universidad. En

el año de 1713, a los diecisiete años, recibió Juan José de Eguiara y Eguren las órdenes sagradas y una capellanía que le permitió vivir con decoro. Antes de recibir el diaconado ya se distinguía como orador sagrado.

En 1715 obtuvo los grados de licenciado en sagrada teología y en junio del mismo año el de doctor en teología. A partir de 1713 y hasta su muerte, ocurrida en enero de 1763, Juan José estuvo ligado a la Universidad de México, en la que fue catedrático, conciliario y rector de la misma el año de 1749-1750. Durante largos años explicó Prima y Vísperas de Teología, y de la "reina de las ciencias" hizo su especialidad. Por su enorme experiencia en la cátedra, sus amplísimos conocimientos y su alta capacidad expresiva, y dada la necesidad de contar con un texto sobre teología positiva que pudiera aplicarse a los estudiantes de la Universidad, el señor Eguiara antes de 1740 inició la redacción de un auténtico tratado teológico que denominó *Dilectae Dissertationes Mexicanae*, integrado por tres amplios volúmenes, de los cuales sólo el primero se editó en México, en el año de 1746.

Si la enseñanza en la Universidad y la formación intelectual y espiritual de los sacerdotes representaron sus preocupaciones mayores, también hay que mencionar que Eguiara ocupó dentro de la administración eclesiástica cargos relevantes. Por rigurosa oposición obtuvo la canonjía magistral de la catedral de México en octubre de 1747 y ejercía como examinador sinodal del Arzobispado, calificador del Santo Oficio de la Inquisición, visitador de la Real Capilla de la Universidad, capellán de las monjas capuchinas, teólogo de cámara y consultor del arzobispo Rubio y Salinas, diputado del Seminario Conciliar, miembro de la Congregación de San Pedro y otros puestos igualmente honrosos.

Sus méritos como teólogo, orador sagrado, virtuoso eclesiástico y hombre de enorme cultura le ganaron el favor real y la designación por Real Decreto de Obispado de Mérida de Yucatán, de fecha 30 de septiembre de 1751, y el envío de las Bulas Ejecutorias el 12 de marzo de 1752, mitra que renunció el 6 de julio de 1752 por razones de edad, salud y por estar entregado totalmente a la elaboración de la

Bibliotheca Mexicana, que sería muy útil para reconocer la obra cultural y espiritual de España en América.

Ligado activamente a la comunidad vizcaína, Juan José, dentro del Oratorio externo que los filipenses tenían, confirmaba en sus creencias a muchos miembros de esa comunidad y cooperaba en las obras pías y culturales de la Cofradía de Aranzazú, de la que fue rector. Justamente el año de 1732, en la junta presidida por él, la Cofradía decidió crear un colegio destinado a la educación de doncellas, que si bien les proporcionaría sólida instrucción religiosa, no sería un plantel regentado por el clero sino una institución que, a pesar de contar con el patrocinio real y la ayuda económica de los vizcaínos novohispanos, que los había muy ricos, se manejaría por sus propios estatutos y constituciones, con entera independencia, y permitiría a sus educandas formarse cultural y moralmente sin las limitaciones que el claustro imponía. El 31 de julio de 1734 se puso la primera piedra del Colegio de San Ignacio de Loyola o de las Vizcaínas, como se le conoció de ordinario. Sus constituciones fueron redactadas por el señor Eguiara y el colegio empezó a funcionar el año de 1754, y fue una de las instituciones clave para la educación de niñas y jóvenes novohispanas.

Juan José Eguiara y Eguren fue un estudioso infatigable, hombre de vastos horizontes, y su saber no tuvo límites. Dominaba la filosofía, la teología, las escrituras y el conocimiento humanístico. Perteneció a una generación importantísima de humanistas como el padre Vicente López, el padre Ignacio Luis Vallarta, ambos de la Compañía; de Cayetano de Cabrera y Quintero y Andrés de Arze y Miranda, cuya importancia en las letras novohispanas se ha puesto de relieve. Esa generación poseía un denominador común, además de su cultura: su amor a México, su destacado nacionalismo, el orgullo de pertenecer a un país que si bien se había formado con base en los valores de la civilización europea transmitida por España, también había heredado de las seculares culturas precolombinas numerosos valores intelectuales y espirituales, que los criollos habían valorado y de los que se sentían orgullosos.

Esos sabios creían, a pie juntillas, que la conjunción de

la cultura europea y de la indígena definía y distinguía su cultura. Sentían que la cristianización de los pueblos indios se había facilitado por el hecho milagroso de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, bajo cuyo patrocinio se habían desarrollado una sociedad y una cultura que tenían pleno derecho a manifestarse. El nacionalismo de ese grupo y de toda la sociedad criolla descansaba en su profundo sentimiento guadalupano.

Eguiara y Eguren, considerado como uno de los oradores sagrados más destacados de su tiempo, fue gran guadalupanista. El número de sus panegíricos guadalupanos fue muy amplio y algunos de ellos son de gran altura. La aparición de la virgen en el Tepeyac representa para Eguiara el momento más significativo del encuentro de las dos raigambres culturales que definen a México y a los mexicanos. Para Eguiara también, y esto es muy significativo, la cultura sólo se puede formar por medio de una fusión y una labor constante del intelecto y del espíritu. Esas dos ideas primordiales representan la base, la filosofía de su ardua labor intelectual cristalizada en la elaboración de su *Bibliotheca Mexicana*, cuyo primer volumen escrito en correctísimo latín apareció en México en el año de 1755, salido de una imprenta que estableció junto con su hermano Manuel Joaquín, la cual llevó el nombre de Nueva Imprenta de la Bibliotheca Mexicana.

Esta obra, "Summa de la cultura mexicana", surgió como respuesta honda y razonada a una imputación dolosa e ignara de un notable publicista español, Manuel Martí, deán de Alicante, quien hizo suyas opiniones anteriores que afirmaban que América era un continente desprovisto de cultura, que en México no existía institución. Como lo ha demostrado plenamente Antonello Gerbi en su obra: *La calumnia de América*, intelectuales europeos acusaron sin fundamento al Nuevo Mundo de no poseer cultura alguna, achacando a España la ignorancia en que vivían los americanos.

La acusación de Manuel Martí provocó en la intelectualidad americana profundo dolor y un clamor general de protesta. Para rebatirla, Juan José de Eguiara y Eguren aceptó ser el portavoz de la inteligencia criolla, y elaboró como respuesta un catálogo razonado y completo de los valores esen-

ciales de la cultura mexicana y de sus principales creadores, consignando la nómina de su producción y los trabajos espirituales y morales efectuados por cada uno de ellos. Apoyándose en el ejemplo de las obras europeas que señalaban los aportes de cada nación, principalmente de las nutridas *Bibliothecas, Hispana Vetus y Nova* de Nicolás Antonio, elaboró igualmente una lista en latín de los autores, enumerándolos por su nombre de pila, y luego de realizar minuciosas y fatigantes búsquedas en archivos y bibliotecas, redactó su *Bibliotheca Mexicana*. Una amplia serie de prólogos o anteloquia la inician, en los cuales sintetiza magistralmente su pensamiento, la filosofía que sustenta la obra, y valora las raíces duales de la cultura mexicana. Es una "Summa" porque presenta en apretado ramillete cuanto de valioso, intelectual y espiritualmente dio México desde las etapas prehispánicas hasta el año de 1750. Se trata de un elogio y defensa apasionada de la cultura mexicana, concebida y realizada por el vizcaíno-novohispano Juan José de Eguiara y Eguren, uno de los hombres más sabios y positivos que ha tenido México.

Una vez realizadas estas semblanzas, procedamos a efectuar las semejanzas que hermanan a Zumárraga y a Eguiara y Eguren en una obra común.

Señalado el origen vizcaíno de nuestros dos prohombres, sabedores de que por su sangre y espíritu corrían elementos afines y que ambos poseían profundo y decidido sentimiento religioso que los llevó a formar parte de la Iglesia, añadamos que fue por sus reales méritos y acción positiva como accedieron paulatinamente a los más importantes cargos religiosos. Zumárraga aceptó por obediencia la mitra mexicana y estuvo a punto de renunciar su elevación arzobispal. Eguiara, para efectuar su elogio y defensa de la cultura mexicana, fruto de espíritu e intelecto, rechazó la mitra de Mérida de Yucatán, la que había ocupado anteriormente otro descendiente de vizcaínos, Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, también catedrático universitario y creador de la *Gazeta de México* en 1722, que fue el primer periódico regular establecido en México.

Zumárraga fue hombre versadísimo en la filosofía y teología de su tiempo. Aceptó dentro de la Iglesia que se renova-

ba ideas procedentes de los ideólogos más importantes de su tiempo, como Erasmo y Luis Vives, sin perjuicio de su ortodoxia. Fomentó el cultivo de la teología, la preparación de obras y síntesis de ellas como fueron sus *Doctrinas*, y se preocupó por la formación de un clero ilustrado y virtuoso. Eguiara cultivó rigurosamente la teología y escribió importantísimo tratado sólo comparable con la obra teológica del padre Francisco Javier Alegre, escrita varias décadas más tarde. Cuidó de la formación del clero mediante la fundación de la Academia Neriana consagrada a ese fin, la cual produjo honda transformación sacerdotal.

Si nuestro primer obispo estuvo interesado en la defensa de los indios, Eguiara realizó la mejor defensa de su cultura. Recordemos cómo Zumárraga fomentó la enseñanza de las humanidades a los naturales y creó el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco en el cual los indiezuelos aprendían latín y griego. Las doncellas encontraron en Zumárraga un protector decidido de su cultura. Para ellas estableció un colegio, auxiliado por fray Pedro de Gante y también para ellas trajo de España a las primeras educadoras y luego a las religiosas concepcionistas. Eguiara a su vez sostenía particularmente la educación de numerosas doncellas y a su interés por la educación femenina se debe la creación del Real Colegio de San Ignacio o de las Vizcaínas efectuado hacia la mitad del siglo XVIII.

Zumárraga efectuó actos inquisitoriales para la defensa de la ortodoxia, Eguiara actuó como censor del Santo Oficio con un espíritu amplio y abierto. El primer obispo apoyó la enseñanza de las artes a los indígenas, principalmente de la música, lo que se realizaba en el Colegio de San José de los Naturales. Eguiara, a través de su actuación en el oratorio externo, apoyaba los actos y funciones musicales con los que se embellecía e incrementaba la fe de los asistentes.

Al franciscano nacido en Durango se debe la introducción, hoy hace cuatrocientos cincuenta años, de la imprenta en México, medio invaluable de difusión de la cultura. Eguiara y Eguren adquirió modernísimo y completo taller de imprenta que estableció en México hacia 1750, destinado a imprimir su maravillosa síntesis de la cultura mexicana

y en la que se editaron obras trascendentes de la inteligencia criolla.

Ambos mantuvieron cohesión con su grupo de origen. El señor Zumárraga favoreció la venida de numerosos vizcaínos a México, y ya aquí los ayudó y estimuló. Don Juan José trabajó pastoral, social y culturalmente con su grupo, los aconsejó como en el caso de la creación del colegio de las Vizcaínas y les dispensó siempre auxilio y dirección.

Y para no alargar indefinidamente esta lista de paralelas, diremos que fray Juan de Zumárraga fue testigo de calidad de la aparición de la imagen arquetípica de Nuestra Señora de Guadalupe al llevarle el neófito Juan Diego su tilma repleta de flores. Él fue el primero que la contempló admirándose de ese portentoso hecho y fue también el que hizo construir la primera ermita consagrada a albergar la milagrosa imagen. Por su parte, Juan José de Eguiara y Eguren fue el guadalupanista más insigne del México colonial, el más fervoroso, lúcido y convencido. Gran orador, a él correspondió muchos años hacer el panegírico de Nuestra Señora, tanto en su iglesia del Tepeyac como en la Catedral de México. El número de sus oraciones guadalupanas es crecido y en ellas se perfila perfectamente el espíritu guadalupanista que yace en el fondo de todos los mexicanos, que sustenta sus creencias y que apoya su sentimiento nacionalista. Base angular del catolicismo mexicano, la Virgen de Guadalupe halla en esos dos hombres dos enormes hitos que enmarcan a la perfección el desarrollo de la historia de México.

Tales son, a grandes rasgos, los paralelismos que hallamos entre dos varones que fueron vizcaínos, uno de origen y otro de sangre y espíritu, fray Juan de Zumárraga y Juan José de Eguiara y Eguren, quienes pusieron la base de la fe y de la cultura en México y a quienes correspondió hacer la defensa de los indios y su civilización, de su acción pensante y conducta espiritual, bases indestructibles de su derecho a la libertad y a un desarrollo independiente.